

PLAN REGIONAL DE ESTUDIOS MONÁSTICOS
-FACULTAD DE TEOLOGÍA-
UNIVERSIDAD ECLESIÁSTICA
DE SAN DÁMASO



Asignatura
Antropología Filosófica

EL HOMBRE ANTE EL SILENCIO,
APROXIMACIÓN A UNA PERSPECTIVA DEL CISTERCIENSE
THOMAS MERTON

AUTOR: Abdón, Rodríguez Hervás
PROFESOR: JOSE ROMÁN FLECHA

PREM 2013/14 I.I
MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE LA CARIDAD (TULEBRAS)

INTRODUCCIÓN

THOMAS MERTON PRESENTA AL HOMBRE NUEVO

Thomas Merton propone en *El hombre nuevo*¹ la cuestión de nuestra identidad espiritual: ¿Qué debemos hacer para recuperar la posesión de nuestro ser genuino? En su respuesta, Thomas Merton discute el modo en que nos hemos vuelto extraños para nosotros mismos a causa de nuestra dependencia de la identidad exterior y el éxito que ofrece el mundo, mientras que la auténtica necesidad debería ser la imagen que de Dios hay en el hombre.

He recurrido a este libro de donde he extraído las ideas, que me han parecido claves de Thomas Merton, acerca de su concepción existencial del hombre.

Comienzo destacando la percepción que tiene de la persona como el ring donde se baten constantemente la muerte y la vida, siempre en constante dialéctica y conflicto. Nuestro autor dice así: *“Dentro de nosotros, la vida y la muerte combaten entre sí. No bien nacemos, comenzamos a vivir y a morir simultáneamente.”*²

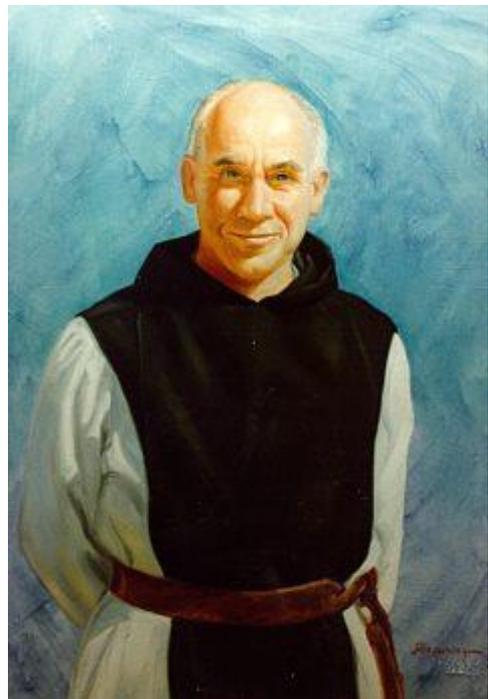
En nuestro interior se despliega, aún sin ser conscientes de ello, una gran batalla entre la vida y la muerte. Merton se refiere a esta batalla como una agonía existencial donde se enfrentan contrarios como: el ser y la nada, o el espíritu y el vacío. Situado en este marco, en esta agonía, nuestro autor vislumbra la vida como algo más que una cuestión de "conquistar la paz mental" o de "resolver problemas religiosos". La persona se encuentra luchando por su vida, todo depende del último paso en esta batalla.

*“El desenlace depende de una elección nuestra. Pero eso es lo que constituye el oscuro terror de la agonía: no podemos tener certeza de nuestra elección. ¿Tenemos fortaleza suficiente para continuar eligiendo la vida cuando vivir significa seguir y seguir con esta absurda batalla de ser o no ser en nuestra honda intimidad?”*³

Perseveramos en esta ansia de vivir por la esperanza, pero ésta concebida como un don. Así como la vida es un don de Dios, que emerge de la nada, así ocurre en la esperanza de vivir. *“Pero para ir a su encuentro, debemos descender a la nada. Allí, encontramos la esperanza con más perfección, cuando nos despojamos de nuestra confianza, de nuestra fuerza, cuando ya casi no existimos. San Pablo dice: “La esperanza de lo que se ve no es esperanza.” No es esperanza. Por consiguiente, es desesperación. Ver lo que se espera es abandonar la esperanza.”*⁴

La esperanza cristiana es la aceptación de la vida en medio de la muerte, es el Dios de la Vida quien acepta vivir en nosotros en el mismo momento en que descendemos a la muerte, a la nada. En esta batalla estamos ciertos que venceremos pues Cristo nuestra cabeza, venció a la muerte. El fruto de nuestra agonía vivida en comunión con Cristo tendrá un sabor a victoria.

La plenitud de la vida humana no puede medirse con nada que le suceda únicamente al cuerpo. *“La vida no es meramente un asunto de vigor físico, de salud, o de capacidad para el*



¹ Título original: *The New Man*.

² Thomas Merton, *El hombre nuevo*, Lumen, Buenos Aires 1988, p. 9.

³ *Ibid.*, p. 10.

⁴ *Ibid.*, p. 10.

deleite. Un hombre puede tener todo esto y, sin embargo, ser un idiota. El que solamente respira, come, duerme y trabaja, ajeno a la conciencia, sin propósitos y sin ideas propias, realmente no es un hombre. La vida, en este sentido puramente físico, es meramente ausencia de muerte. Gente así no vive, vegeta."⁵

Aquí vemos a Merton hacer una denuncia de lo que no es vivir en plenitud, sino lo que él llama "vegetar". Una persona que quiera alcanzar una vida plena, integral o completa debe apostar en todo por la vida, en su cuerpo, en sus sentidos, su mente y su voluntad.⁶ Para estar vivo se debe tener también un cierto orden y coherencia en el vivir diario. Con frecuencia observamos a personas cercanas que rebosan vida pero que, en realidad, no hacen otra cosa que luchar con su propia incoherencia.

Ser más uno mismo es sinónimo de estar más vivo, es decir, de hacer que se someta la vida del cuerpo a una vida más elevada que está dentro del mismo. Es decir, caminar hacia nuestra identidad, hacia nuestra existencia plena, significa caminar hacia la trascendencia, hacia la realización de nuestras potencialidades espirituales, y huir del domino tiránico al que estamos sujetos por el "superego" o conciencia farisaica, donde el yo superficial se erige en el centro de todo. Merton lo explica de una forma clara al afirmar que:

*"No es tanto el dominio de una parte del hombre sobre otra, sino la integración pacífica de todas las facultades del hombre en una perfecta actualización que es su yo verdadero, o sea, su yo espiritual."*⁷

A continuación afirma, de manera contundente:

*"Por lo tanto, sólo puede decirse netamente que el hombre está vivo cuando tiene plena conciencia del significado real de su propia existencia, es decir, cuando experimenta algo de la plenitud de inteligencia, libertad y espiritualidad que se actualizan en él mismo."*⁸

El yo, la propia realidad, es percibido como una contradicción, una confusión que deberá ser esclarecida. El "significado real de su existencia" será entonces, precisamente, el carecer de significado. Para encontrar la vida, debemos morir a la vida tal como la conocemos. Para encontrar el significado, debemos morir al significado tal como lo conocemos. No sé si es correcto afirmar en este punto que Merton se encuentra instalado en la sospecha y la duda constante: nada es lo que parece, pues para ser debe no ser, y para ser hombres nuevos debemos no ser lo que creemos ser, sino permitir ser a Dios en nuestro no ser, en nuestro no-ser. El significado pleno de nuestra existencia nos es revelado por Dios, ha de ser revelado. Aquí radica, para Merton, el verdadero carácter trascendente de la vida:

*"Tiene que ser concedido. Y en el hecho de que sea concedido se encuentra, en verdad, la mayor parte de su relevancia: porque la vida misma, en definitiva, sólo es relevante en la medida en que es concedida."*⁹

El hombre está plenamente vivo sólo cuando tiene la experiencia genuina de dedicarse espontánea y legítimamente al propósito real de su existencia personal, cuando existe y actúa como hombre (o sea, libremente), tomando conciencia de su capacidad para consagrar por entero esa libertad al propósito para el que le fue dada, que es orientar su ser íntegro hacia el propósito que ansía alcanzar en su más profundo centro espiritual. Este propósito es vida en el sentido más pleno de la palabra. Nos aclara el autor, qué entiende por vida plena:

*"No la vida meramente individual, centrada en sí misma, egoísta, que está condenada a concluir en la muerte, sino una vida que trasciende las limitaciones y necesidades individuales, y subsiste fuera del yo individual en lo Absoluto: en Cristo, en Dios."*¹⁰

⁵ *Ibid.*, p. 12.

⁶ A este modo de vida podríamos también llamarle como estado de perfección.

⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁸ *Ibid.*, p. 13.

⁹ *Ibid.*, p. 14.

¹⁰ *Ibid.*, p. 15.

El hombre está verdaderamente vivo cuando toma conciencia de sí mismo como dueño de su propio destino para la vida o para la muerte. Éste es el comienzo de la vida verdadera.

El poderío real del hombre reside oculto en la agonía que lo hace clamar hacia Dios: allí, él es al mismo tiempo alguien indefenso y omnipotente. Está completamente indefenso y, sin embargo, puede "hacerlo todo en lo Invisible que le fortalece". Es la libertad que, mediante el amor, trasciende el yo y subsiste en "el otro". Se recibe de Dios por entero. Es una libertad que "pierde su vida a fin de encontrarla", en vez de salvarla para perderla. La perfección de la vida es el amor espiritual. Y el cristianismo cree con tanta firmeza en el poder del amor, en el Espíritu Santo, que afirma que el amor divino puede hasta vencer la muerte. Y se expone a la muerte a fin de experimentar la plenitud de la vida.

Es en este punto donde aparece el concepto de contemplación como la apreciación existencial de nuestra "nada" y de la realidad divina, percibida por un inefable contacto espiritual en las profundidades de nuestro ser.

*"La contemplación es la repentina penetración intuitiva de lo que ES realmente. Implica el salto inesperado del espíritu del hombre hacia la luminosidad existencial de la Realidad en sí, no apenas a través de la intuición metafísica del ser, sino mediante la consumación trascendente de una comunión existencial con Aquel que ES."*¹¹

El hombre contemplativo, trasciende el mundo superficial de todo lo existente, y alcanza la comunión con la fuente de toda la existencia, es decir con el Dios vivo, el Santo de los santos que habita en el mismo corazón de nuestro propio ser. *"La cúspide pura de nuestra existencia es el umbral de su Santuario, y Él está más cerca de nosotros que nosotros mismos."*¹²

Concluimos este apartado con una cita donde Merton ofrece un resumen de todo lo expuesto anteriormente y donde deja bien claro que la victoria de la vida sobre la muerte, está siempre a cargo del Autor de la Vida: *"En esta perfecta realización personal mediante el contacto de nuestra angustiada libertad con la Libertad dadora de vida de quien es Santo y Desconocido, es donde el hombre inicia en su alma la conquista de la muerte. Este encuentro con nuestro verdadero yo, este despertar, este ingreso a la vida en la tiniebla luminosa del Dios infinito, nunca puede ser otra cosa que una comunión con Dios por la gracia de Jesucristo. Nuestra victoria sobre la muerte no es una obra propia, sino suya. El triunfo de nuestra libertad, que debe ser nuestro triunfo si es que va a salvarnos de la muerte, no obstante, es también y primordialmente suyo. Por consiguiente, en todas estas meditaciones nos referiremos a la contemplación como un compartir la muerte y la Resurrección de Cristo."*¹³

Considera Merton que la contemplación llega a ser un anticipo de lo que será la victoria definitiva de la vida sobre la muerte. En la contemplación, conocemos a Dios de un modo completamente nuevo, dado que se trascienden los conceptos y se asume a Dios no como un objeto separado sino como *"Realidad dentro de nuestra realidad, el Ser dentro de nuestro ser, la Vida de nuestra vida."*¹⁴ Es en la contemplación donde Dios se revela a nosotros como el centro mismo de nuestro yo más íntimo: *intimior intimo meo*, como dijo san Agustín. Cuando la verificación de su presencia estalla en nosotros, nuestro yo desaparece en Él para poder encontrar así nuestro yo verdadero) en Él.

¹¹ *Ibid.*, p. 17.

¹² *Ibid.*, p. 18.

¹³ *Ibid.*, p. 18.

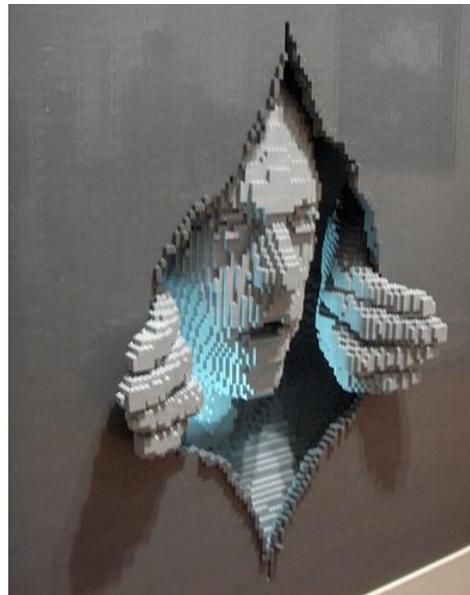
¹⁴ *Ibid.*, p. 20.

PRIMERA PARTE

“EL SILENCIO EN LA CONFIGURACIÓN DE LA VERDADERA IDENTIDAD.”

Thomas Merton considera al hombre como un ser vivo cuya identidad está en proceso de ser completada: su verdadera identidad. No es suficiente su rasgo individual de ser humano, es decir, no basta ser hombres, sino ser hombres santos. En Merton, el concepto de santidad adquiere un valor de plenitud existencial, de humanidad desarrollada. He aquí una diferencia esencial con la creación, al hombre no le basta con ser hombre, como al árbol le basta con ser árbol, sino que ha de ser un hombre santo, un hombre en su verdadera identidad. Vemos cómo lo refiere en su particular genialidad narrativa:

“A diferencia de los animales y los árboles, a nosotros no nos basta ser conformes a nuestra naturaleza. No nos basta ser personas individuales. Para nosotros la santidad es más que la humanidad.”¹⁵



Encontramos aquí la explicación de aquello en lo que consiste la santidad para nuestro autor. Se trata de ser uno mismo, de tal modo que la santidad de una persona es distinta a la santidad de otra, pues las identidades de cada individuo son particulares. El interrogante respecto a la santidad y la salvación se descubre en el momento en que el hombre se plantea el problema de llegar a saber quién es él y descubrir su verdadero ser.

A continuación Merton afirma que nuestra vocación no consiste simplemente en *ser*, sino en trabajar junto con Dios en la creación de nuestra vida, nuestra identidad, nuestro destino. Somos seres libres e hijos de Dios. Esto significa que no debemos existir pasivamente, sino participar activamente en Su libertad creadora, en nuestra vida y en la vida de los otros, eligiendo la verdad. *“Dios nos deja libres para ser lo que queramos. Podemos ser nosotros mismos o no, según deseemos. Somos libres para ser reales o irreales.”¹⁶*

En nuestra voluntad está el intentar ser seres verdaderos o bien falsos. No obstante Merton aclara que adquirir nuestra verdadera identidad no depende en exclusividad de nuestro voluntarismo sino de Dios, de su iniciativa creadora. Es Él el verdadero artífice de nuestra configuración en hombres verdaderos, de nuestra santificación. A continuación podemos leer cómo nos lo relata el mismo autor:

“Nosotros no conocemos con claridad de antemano cuál será el resultado de este trabajo. El secreto de mi plena identidad está escondido en Dios. Sólo él puede hacer de mí la persona que yo soy, o más bien la que seré cuando al fin comience a ser plenamente.”¹⁷

Es por medio de la contemplación como el hombre consigue ver y comprender lo que Dios quiere de él, cuál es la obra que quiere que haga. Por tanto cuando rechazamos la voluntad de Dios

¹⁵ Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 52.

¹⁶ *Ibid.*, p. 52.

¹⁷ *Ibid.*, p. 53.

en nuestras vidas estamos dejando de aceptar la plenitud de nuestra existencia. Nuestro yo falso, nuestra falsa identidad es la que edifica sobre la voluntad propia, es en este aspecto cuando Merton habla de la persona ilusoria:

*“A cada uno de nosotros nos sigue una persona ilusoria: un falso yo. Mi yo falso y privado es el que quiere existir fuera del alcance de la voluntad de Dios y del amor de Dios: fuera de la realidad y fuera de la vida. Y tal yo no puede ser más que una ilusión.”*¹⁸

Merton opina que, para la mayoría de las personas en el mundo, no hay realidad subjetiva más grande que su falso yo, que no puede existir. Es la realidad que percibimos mentalmente cada uno, dentro de nuestra parcialidad y subjetividad.

Como ya dijimos más arriba el secreto de nuestra identidad está escondido en el amor y la misericordia de Dios, sólo Él nos la puede comunicar. Nadie la consigue jamás por sí solo. Sólo Dios puede enseñarme a encontrar a Dios. La única manera de poder ser nosotros mismos es identificarnos con Aquel en quien está escondida la plenitud de nuestra existencia. Merton lo afirma cuando dice: *“Si encuentro a Dios, me encontraré a mí mismo y, si encuentro mi verdadero yo, encontraré a Dios.”*¹⁹

El descubrimiento de nuestra identidad es la misión de la Palabra y el Espíritu, del Padre, en la profundidad de nuestro ser. Es una majestad que se nos comunica, que se comparte con nosotros, de modo que todo nuestro ser se llena con el don de la gloria y responde con adoración. *“Él se entrega a nosotros y despierta nuestra identidad como hijos y herederos de Su reino”*.²⁰ *“Para llegar a ser yo mismo, tengo que dejar de ser lo que siempre pensé que quería ser; para encontrarme a mí mismo, tengo que salir de mí, y para vivir tengo que morir”*.²¹

Hemos nacido en el egoísmo y, por tanto, nuestros esfuerzos naturales para hacernos más reales y ser más nosotros mismos nos hace menos reales, porque siempre giramos en torno a una mentira. Sólo podemos concebir una manera de hacernos reales, separándonos de los otros y construyendo una barrera de distinción entre ellos y nosotros. A este respecto nuestro autor afirma con rotundidad: *“quien vive en la división no es una persona, sino únicamente un «individuo»”*.²² Podemos deducir que quien vive en la división, vive en la mentira y en la muerte. No puede encontrarse a sí mismo porque está perdido; ha dejado de ser una realidad.

Nos adentramos ahora en el silencio ante esta exposición precedente y presentamos al silencio, como forjador de la vida, mediante las palabras de Merton en su excelente libro *Los hombre no son islas*:

*“Elaboramos nuestra salvación en el silencio y en la esperanza. El silencio es la fuerza de la vida interior. El silencio penetra en la médula misma de nuestro ser moral, de manera que si no tenemos silencio no tendremos moralidad. El silencio entra misteriosamente en la composición de todas las virtudes, y el silencio las preserva de la corrupción.”*²³

Merton habla de enraizarnos en el profundo silencio. Si llenamos nuestras vidas de silencio, viviremos en esperanza y Cristo vivirá en nosotros y dará mucha sustancia a nuestras virtudes. Si llenamos nuestras vidas de silencio, viviremos en esperanza y Cristo vivirá en nosotros y dará

¹⁸ *Íbid.*, p. 55.

¹⁹ *Íbid.*, p. 56.

²⁰ *Íbid.*, p. 62.

²¹ *Íbid.*, p. 67.

²² *Íbid.*, p. 68.

²³ Thomas Merton, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, p. 229.

mucha sustancia a nuestras virtudes. A través del silencio se despertará el silencio de Cristo en los corazones, de tal manera que nosotros mismos guardaremos silencio y comenzaremos a reflexionar y escuchar. Es entonces cuando podemos decir que estamos comenzando a descubrir nuestra verdadera identidad.

Si nuestra vida se encuentra desperdiciada con palabras inútiles, nunca oiremos nada en las profundidades del corazón, en donde Cristo vive y habla en el silencio. La gran tentación del hombre de hoy es confundir el estrépito con la vida, el aturdirse los oídos con palabras sin sentido, no descubriendo nunca que el corazón tiene su raíz en el silencio, que no es la muerte, sino la vida.

Concluyo este apartado con palabras lapidarias de Merton: *“Si en esta vida hemos escogido la vida, en la muerte pasaremos de la muerte a la vida. La vida es una cosa espiritual, y las cosas espirituales son silenciosas.”*²⁴

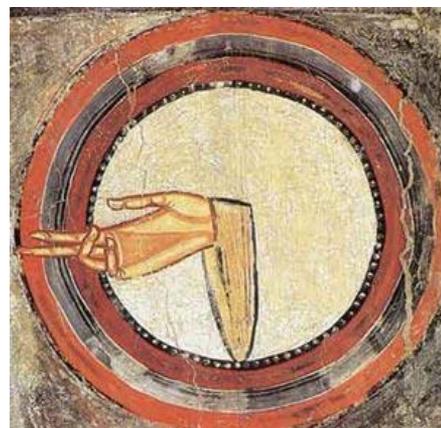
.....

²⁴ *Íbid.*, p. 232.

SEGUNDA PARTE

“EL SILENCIO COMO FACILITADOR DE LA UNIÓN CON EL OTRO.”

“«Encontrar a Dios» significa mucho más que el mero abandono de todas las cosas que no son Dios, y vaciarse de imágenes y deseos”²⁵.



Quien consigue vaciar la mente de todo pensamiento y todo deseo puede, ciertamente, retirarse al centro de sí mismo, y concentrar todo lo que hay dentro de él en el punto imaginario donde la propia vida brota de Dios: pero no encontrará realmente a Dios. Ningún ejercicio natural puede poner a la persona en contacto vital con Dios. Si Dios no se expresa en nosotros, si no pronuncia Su nombre en el centro de nuestra alma, no Lo conoceremos, como no se nos comunique, como señalábamos anteriormente en la configuración de la nueva identidad.

Dirá Merton que: *“Nos hacemos contemplativos cuando Dios se descubre a Sí mismo en nosotros”²⁶*. Pues nuestro descubrimiento de Dios es, en cierto modo, ser descubiertos por Él. No podemos ir a buscar a Dios en el cielo porque nos resulta imposible saber dónde está el cielo o qué es. *“Él baja del cielo y nos encuentra. Nos ve desde el fondo de Su infinita realidad, que está en todas partes, y Su mirada nos da un nuevo ser y una nueva mente en la que también nosotros lo descubrimos”²⁷*. Conocemos a Dios sólo en la medida en que somos conocidos por Él, y nuestra contemplación de Él es una participación en Su contemplación de Sí mismo. Es el mismo discurso que nuestro padre San Bernardo aplicaba sobre el amor de Dios, donde conocer y ser conocido es sinónimo de amar y ser amado: *“Quieres que te diga por qué y cómo debemos amar a Dios. En una palabra: el motivo de amar a Dios es Dios. ¿Cuánto? Amarle sin medida. ¿Así de sencillo?”²⁸*

La unión íntima con Dios la describe como ese momento en el que el punto de nuestro contacto con Él se abre, atravesamos el centro de nuestra nada y entramos en la realidad infinita, donde despertamos como nuestro verdadero yo. Es un salir de nuestra fealdad y falsedad para entrar en encuentro con la Verdad. A fin de conocer y amar a Dios tal como es, es preciso que Él habite en nosotros de una manera nueva, *“no sólo en Su poder creador sino en Su misericordia, no sólo en Su grandeza sino en Su pequeñez, por la que se vacía de Sí y desciende a nosotros para vaciarse en nuestra vaciedad, a fin de llenarnos de Su plenitud.”²⁹* Dios tiende un puente para salvar las infinitas distancias entre Él y los espíritus creados para amarlo, por las misiones sobrenaturales de Su vida: el Padre, que habita en lo profundo de todas las cosas y en lo hondo de mí mismo, me comunica Su Palabra y Su Espíritu. Al recibirlos, soy atraído a Su vida y conozco a Dios en Su Amor, siendo uno con Él en Su Hijo.

“El descubrimiento de mi identidad empieza y se perfecciona en estas misiones, porque es en ellas donde Dios, que lleva en Sí el secreto de mi identidad, empieza a vivir en

²⁵ Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 60.

²⁶ *Ibid.*, p. 60.

²⁷ *Ibid.*, p. 60.

²⁸ San Bernardo, *Libro sobre el amor a Dios*, San Pablo, Madrid 1997.

²⁹ Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 61.

*mí no sólo como mi Creador, sino como mi otro y verdadero yo: Vivo, iam non ego, vivit vero in me Christus («Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí»).*³⁰

Es la misión de la Palabra y el Espíritu, del Padre, en la profundidad de nuestro ser.

*“Aunque Dios vive en el alma de los seres humanos que no tienen conciencia de Él, ¿cómo puedo decir que Lo he encontrado y que me he encontrado en Él si nunca Lo he conocido ni he pensado en Él, si nunca tengo interés en Él, Lo busco o deseo Su presencia en mi alma? ¿Qué bien hay en dirigir a Dios unas oraciones formales y después concentrar toda mi mente y toda mi voluntad en las cosas creadas, deseando únicamente fines que están muy por debajo de Él? Aun cuando mi alma pueda estar justificada, si mi mente no pertenece a Dios, tampoco yo Le pertenezco. Si mi amor no se eleva hasta Él, sino que se dispersa en Su creación, es porque he reducido Su vida en mí al nivel de una formalidad, impidiéndole que ejerza sobre mí una influencia realmente vital.”*³¹

*“Y después esperar en paz, en el vacío y olvido de todas las cosas. Bonum est praestolari cum silentio salutare Dei («Es bueno esperar en silencio la salvación de Dios»).*³²

Esto es, por tanto, lo que significa buscar a Dios perfectamente: alejarme de la ilusión y el placer, de las ansiedades y los deseos mundanos, de las obras que Dios no quiere, de una gloria que es únicamente ostentación humana; mantener mi mente libre de confusión a fin de que mi libertad pueda estar siempre a disposición de Su voluntad; guardar silencio en mi corazón y escuchar la voz de Dios; cultivar una libertad intelectual de las imágenes de las cosas creadas a fin de recibir el secreto contacto de Dios en un amor oscuro; amar a todos los seres humanos como a mí mismo; descansar en humildad y encontrar paz retirándome del conflicto y la competición con otras personas; apartarme de la controversia y desechar las pesadas cargas del juicio, la censura y la crítica, y arrojar todo el peso de las opiniones que no estoy obligado a llevar; tener una voluntad siempre dispuesta a recogerse en sí misma y sacar todas las potencias del alma de su centro más profundo para reposar en silenciosa espera de la venida de Dios, sereno, en una concentración tranquila y sin esfuerzos en el punto de mi dependencia de Él; reunir todo lo que soy, y tener todo lo que posiblemente puedo sufrir, hacer o ser, y abandonarlo todo a Dios en la conformidad de un amor perfecto, de una fe ciega y de una confianza absoluta en Dios, para hacer Su voluntad.

Para concluir en este apartado cito del libro *Los hombres no son islas*: “No desees principalmente ser alentado y consolado por Dios; desea sobre todo amarlo. No hay paz verdadera en lo demás. Si amas la gloria de Él, buscarás ser trascendente... y eso se busca en el silencio.”³³

*El silencio de la lengua y de la imaginación desbarata la barrera interpuesta entre nosotros y la paz de las cosas que existen sólo para Dios y no para ellas mismas. Pero el silencio de todos los deseos desordenados deshace la barrera interpuesta entre nosotros y Dios.*³⁴

Es el Señor quien nos habla, con un silencio mucho más profundo, con un silencio escondido en medio de nuestro yo. El hombre que ama a Dios necesariamente ama también el silencio, porque sin el silencio puede perder esa unidad con el Creador.

.....

³⁰ Idem.

³¹ *Ibid.*, p. 64.

³² *Ibid.*, p. 66.

³³ Thomas Merton, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, p. 229.

³⁴ *Ibid.*, p. 228.

TERCERA PARTE

“EL SILENCIO COMO MEDIO PARA RELACIONARNOS EN VERDAD CON LOS OTROS.”

*“Tenemos que tener el coraje del padre Louis para abandonar los caminos acostumbrados y marchar junto a nuestros hermanos, los de otra fe y otro sendero, y unirnos a ellos en la búsqueda común de paz, armonía e iluminación espiritual. Poco bien nos hará tener respuestas dogmáticas correctas (los diablos también conocen la verdad) si no tenemos la experiencia de la verdad que pide de nosotros un “sí” completo, que nos llama a salir de nuestra conciencia cotidiana atada a lo terreno hacia la claridad de un amor universal lleno de compasión”.*³⁵



Con estas palabras elogia, el también cisterciense, Pennington a Merton. Vivir en la verdad es esencial para relacionarnos con la Realidad de los otros. Es decir con aquello con lo que “los otros” le dan gloria a Dios, en su identidad individual propia siendo precisamente lo que Él quiere que sea, aquí y ahora, en las circunstancias ordenadas para él por Su amor y Su arte infinito.

El valor de cada ser humano está fundado en el amor depositado sobre él, por parte del Creador, por tanto ha de ver a los demás como Dios los ve, “su valor es el valor que Él ve en ellas. Todas las cosas reflejan a Dios en la medida en que Él las ve y las ama.”³⁶

Cuando consentimos en la voluntad y la misericordia de Dios tal como «vienen» a nosotros en los acontecimientos de la vida, apelando a nuestro yo interior y despertando nuestra fe, abrimos una brecha en las apariencias exteriores superficiales que constituyen nuestra visión rutinaria del mundo y de nosotros mismos. Es en este momento cuando vemos a los demás tales cuales son, en ese proyecto creador y amoroso que Dios tiene sobre ellos.

*“Aunque mis actos naturales sean buenos, tienden, cuando son sólo naturales, a concentrar mis facultades en el ser humano que no soy y que no puedo ser, el falso yo en mí, la persona que Dios no conoce.”*³⁷

Volvemos a hacer uso de esta clarificadora cita de Merton para insistir en las repercusiones que se producen, en la relación con los otros, cuando partimos de nuestra identidad falsa, de ese falso yo, que cosifica e instrumentaliza el encuentro con el otro, de tal modo que los demás son fundamentalmente fuente de satisfacción de nuestras necesidades. De este modo oscurecemos los destellos de gloria de Dios que hay en el prójimo.

En esta cita nos lo explica claramente Merton:

³⁵ M. Basil Pennington, *Un retiro con Thomas Merton*, Troquel, Buenos Aires 1994, pp. 58-59.

³⁶ Thomas Merton, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2003, p. 61.

³⁷ *Ibid.*, p. 63.

*“Quienes no conocen nada de Dios, y cuyas vidas están centradas en sí mismos, se imaginan que sólo pueden encontrarse a sí mismos afirmando sus deseos, ambiciones y apetitos en una lucha con el resto del mundo. Tratan de hacerse reales imponiéndose a otras personas, apropiándose de una parte de la cantidad limitada de bienes creados y acentuando así la diferencia entre ellos y otras personas que tienen menos que ellos o nada en absoluto.”*³⁸

Ese es el gran engaño que solemos sufrir, centrarse en uno mismo, concibiendo sólo una manera de hacernos reales separándonos y distinguiéndonos de los otros. Sin saber, por esa vía, que la realidad no debe ser buscada en la división sino en la unidad. No obstante hace una aclaración al respecto en su obra *Los hombres no son islas*: *“Pero si vas a la soledad con corazón silencioso, el silencio de la creación te hablará más alto que las lenguas de los hombres y de los ángeles”*.³⁹

Eh aquí cómo estamos determinados, por el pecado original, en nuestra relación con los otros. Siempre es desde una perspectiva utilitarista y separadora para configurar y sostener nuestro falso yo. Esta es la condición de pecadores. Quienes no conocen nada de Dios, y cuyas vidas están centradas en sí mismos, se imaginan que sólo pueden encontrarse a sí mismos afirmando sus deseos, ambiciones y apetitos en una lucha con el resto del mundo. Los hombres que así actúan, *“tratan de hacerse reales imponiéndose a otras personas, apropiándose de una parte de la cantidad limitada de bienes creados y acentuando así la diferencia entre ellos y otras personas que tienen menos que ellos o nada en absoluto.”*⁴⁰

Desde nuestra condición de imperfectos, sólo podemos concebir una manera de hacernos reales: separarnos de los otros y construir *una barrera de contraste y distinción*, que llamará Merton, entre nosotros y los demás. No somos conscientes que la realidad no debe ser buscada en la división sino en la unidad, ya que somos «miembros unos de otros». A este respecto afirma Merton que: *“quien vive en la división no es una persona, sino únicamente un «individuo».”*⁴¹

Deducimos, tras lo expuesto, que para nuestro autor buscar nuestra identidad, de alguna manera, no sólo debe hacerse desde la comunión con Dios, como antes se dijo, sino también en la comunión con los otros. El aislamiento es un peligro que atañe directamente a la configuración de nuestra identidad, así lo afirma Merton en este pensamiento:

*“Jamás podré encontrarme a mí mismo si me aísto del resto de la humanidad como si fuera un ser de una especie diferente.”*⁴²

El silencio se convierte en este sentido en el instrumento porque el que todos los deseos desordenados se deshacen y se eliminan las barreras interpuestas entre nosotros y los otros. Ejerce una función de desvelado y de desenmascarado de nuestra falsa identidad y nos pone en guardia para que no nos dejemos llevar, por el falso yo superficial, en nuestra interacción con los demás. A este tomar conciencia de nuestro proceder erróneo, fruto del pecado, Merton lo describe de la siguiente manera:

*“En esta vida tenemos que aprender a despabilar nuestras lámparas y abastecerlas de caridad en el silencio, unas veces hablando y confesando la gloria de Dios para aumentar nuestra caridad por el acrecentamiento de la caridad de otros, y enseñándoles los caminos de la paz y del silencio.”*⁴³

³⁸ *Íbid.*, p. 67.

³⁹ Thomas Merton, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, p. 227.

⁴⁰ *Íbid.*, p. 67.

⁴¹ *Íbid.*, p. 68.

⁴² *Íbid.*, p. 70.

⁴³ Thomas Merton, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, p. 233.

CUARTA PARTE

“EL SILENCIO LIBERADOR DEL APEGO Y DEL MAL USO DE LO OTRO.”

¿Cómo poder contemplar la realidad tal cual es? ¿Cómo podemos relacionarnos con la creación desde un orden y un equilibrio? ¿Cómo conocer cuál es el verdadero ser de las cosas? Es difícil responder a estas preguntas desde una conciencia primaria, desde un conocimiento simple de la verdad de las cosas. Hemos de partir siempre de la premisa de que la esencia de las cosas es su santidad, es la huella de la sabiduría y la realidad de Dios en ellas. Para ello hemos de tener una visión contemplativa, un corazón purificado, un nivel de conciencia más elevado, donde no percibamos la realidad como algo al servicio de nosotros mismos, sin más. Merton nos recuerda que: *“Las formas y caracteres individuales de los seres que viven y crecen, de los seres inanimados, de los animales, de las flores y de toda la naturaleza, constituyen su santidad a los ojos de Dios”*.⁴⁴



Cuando habla de un corazón puro, habla de la condición por la cual podemos ser libres de ese apego y del mal uso de lo otro. Explicamos con palabras de Merton y en varias citas consecutivas cómo explica él mismo este hecho de la purificación del corazón en nuestra visión de lo otro:

“Pero esta tristeza engendra en mí un indecible respeto por la santidad de las cosas creadas, pues son puras y perfectas, pertenecen a Dios y son espejos de su belleza. El espejo en todas las cosas, como la luz del sol en el agua clara, pero si intento beber de esa luz que brilla en el agua, no sorberé sino su reflejo.

Y así vivo, solo y casto, en medio de la sacra belleza de todas las cosas creadas, sabiendo que no puedo, ver, oír, ni tocar nada de lo que me pertenezca. Me avergüenza mi absurda necesidad de prescindir de todas esas cosas, e incluso de una sola de ellas. La tonta y exasperante necesidad de entregarme a cualquier belleza, me roe el corazón. Comprendo que no es un deseo plausible, pero no puedo evitarlo. Radica en el corazón de todos nosotros y hemos de aceptar esta realidad, sufrir sus exigencias pacientemente y esperar hasta que muramos y ascendamos al cielo, donde todas las cosas nos pertenecerán en su más alto origen”.⁴⁵

....

“La pureza de corazón sitúa al hombre en un estado de unidad y vacío, donde es uno con Dios. Pero ésta es una preparación necesaria, no para la batalla entre el bien y el mal, sino para la auténtica obra de Dios que se revela en la Biblia: el acto de la ‘nueva creación’ la resurrección de los muertos, la restauración de todas las cosas en Cristo”.⁴⁶

.....

⁴⁴ *Ibid.*, p. 51.

⁴⁵ Thomas Merton, *El Signo de Jonás*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2007, p. 271.

⁴⁶ Thomas Merton, *El Zen y los pájaros del deseo*, Kairós, Barcelona 1972, p. 73.

“El fin último de todos estos esfuerzos era ‘la pureza de corazón’: una visión clara y sin obstáculos del verdadero estado de las cosas, una apreciación intuitiva de la propia realidad interior, anclada, o más bien perdida en Dios a través de Cristo”⁴⁷

Todas las cosas reflejan a Dios en la medida en que Él las ve y las ama, decíamos en anteriores apartados. Es nuestro deber descubrirlo. El silencio aparece en este momento como un instrumento que nos aclara esta visión del mundo, de todo lo creado por Dios, nos desvela las apariencias exteriores superficiales que constituyen nuestra visión rutinaria del mundo.

Ese silencio nos hace volver al centro verdadero de nuestra existencia donde mora Cristo y desde el cual, como hemos visto en estos pasajes sublimes de Merton, podemos contemplar la Realidad. La distancia entre nuestro falso yo y las cosas queda suprimida: “ser todo en Todo”. Dicho de otro modo en palabras del autor: *“Estar aquí en el silencio de la filiación en mi corazón es ser un centro en el que todas las cosas convergen en Ti.”⁴⁸*

⁴⁷ Thomas Merton, *La sabiduría del desierto*. BAC Minor, Col. Clásicos de Espiritualidad, nº 87, Madrid 1997, p. 17.

⁴⁸ Thomas Merton, *Conjeturas de un espectador culpable*, Pomaire, Barcelona 1966, p. 166.

CONCLUSIÓN

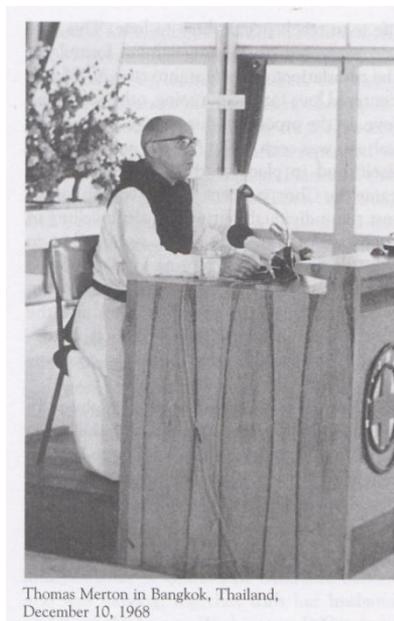
Es difícil hacer un balance exhaustivo de tantas intuiciones iluminadoras como aparecen en este breve itinerario mertoniano que he tratado de esbozar desde mi pobre entendimiento y el significado tan relevante que para el autor posee la práctica del silencio como árbol de la vida. La imagen radiante de un silencio revelado como creación naciente y aceptado como un tesoro inagotable en la reconstrucción del mundo: *“Déjame buscar, por lo tanto, el don del silencio, la pobreza y la soledad, donde todo cuanto toque se convierta en oración: donde el cielo es mi oración, los pájaros mi oración, el viento en los árboles es mi oración, pues Dios es todo en todo”*.⁴⁹

Desde esta apertura a la trascendencia en la que el sujeto como tal desaparece, el silencio es un instrumento de santificación pues facilita la unidad de todo lo creado y del plan de Dios en nuestras vidas. El hombre es un misterio para el hombre que sólo Dios puede darle luz.

Por el silencio estamos "despiertos" y llenos de vida espiritual, algo que sólo Dios puede concedernos, porque, de no ser El, el diálogo se establecería entre la vida y la muerte, en terrible angustia. Importa que sea Dios quien pronuncie mi identidad, quien me la otorgue, e importa el desasimiento total y el anhelo de oír en una brisa tenue, o en un suspiro, cómo el Señor me llama y me identifica, me hace único. Muchos dormitan mientras el Señor ha resucitado por y para ellos. Es el estado normal. Estar espiritualmente plétórico de energías, quién lo puede. Solo los santos de Dios. Y sin embargo, también para los enfermos, es más, sobre todo para ellos, ha descendido Cristo. Parece un contrasentido, pero no lo es, porque se trata de encontrar la coherencia de toda una vida, una coherencia que es casi mística, y que, en definitiva, supone vivir delante de Dios; de ahí la experiencia de gratitud y de exultar que se siente al tener todo el haz de la vida en la mano.

Termino con esta cita que bien puede concluir una presentación del silencio como facilitador de las respuestas del hombre sobre su identidad y de todo con lo que dialoga.

“El cristianismo es una de las religiones del mundo. El mundo es Amor. Pero a veces olvidamos que la palabra emerge antes que nada del silencio. Cuando no hay silencio, entonces la Única Palabra que Dios pronuncia, no se oye realmente como Amor. Sólo se oyen “palabras”. Las palabras no son amor, puesto que son muchas y el Amor es sólo Uno. Cuando hay muchas palabras, perdemos la conciencia del hecho de que realmente sólo hay Una Palabra. La Única Palabra que Dios dice es El Mismo. Hablando, El se manifiesta a Sí Mismo como infinito Amor. Su hablar y Su escuchar son Uno. Su discurso es tan silencioso que para nuestra forma de pensar Su discurso es un no-discurso, su escuchar no- escuchar. Así, en el silencio, en el abismo de Su único Amor, todas las palabras son dichas y todas las palabras son oídas. Sólo en este silencio del Amor infinito tienen conciencia y significado”.⁵⁰

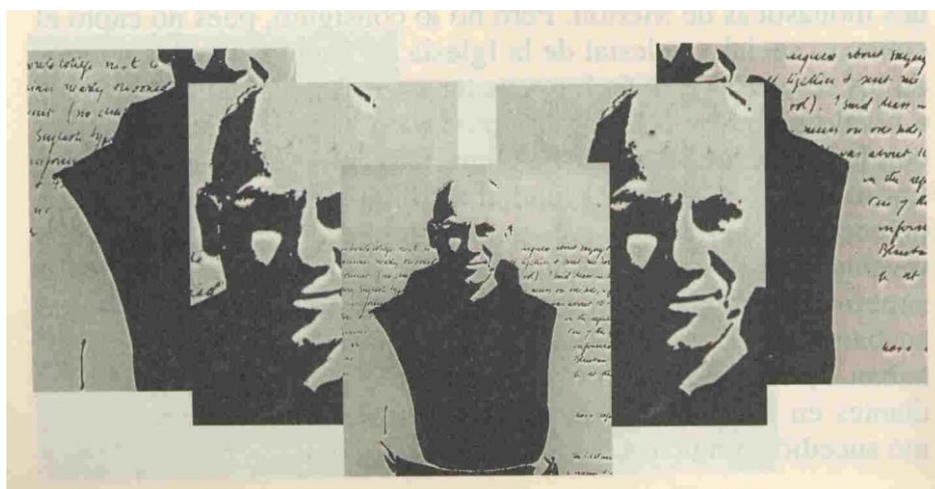


Thomas Merton in Bangkok, Thailand,
December 10, 1968

⁴⁹ Thomas Merton, *Pensamientos en la soledad*, Edhasa, Barcelona 1971, p. 60.

⁵⁰ Thomas Merton, *Amar y vivir*, Oniro, Barcelona 2012, p. 29.

“Por eso, hermano, el mensaje de esperanza que te ofrece el contemplativo no consiste en que tengas que buscar tu camino a través de la jungla de palabras y problemas que hoy envuelven a Dios, sino que Dios te ama, lo entiendas o no, que está presente en ti, que vive en ti, que habita en ti, que te llama, te salva y te ofrece un conocimiento y una luz que no tienen comparación con nada que hayas encontrado en los libros u oído en los sermones. El contemplativo no tiene nada que decirte sino alentarte y asegurarte que si te atreves a penetrar en tu propio silencio, a caminar en la soledad de tu propio corazón, y a arriesgar el compartir esta soledad con el otro solitario que contigo y a través de ti busca a Dios, llegarás a encontrar la luz y la capacidad para entender lo que está más allá de todo lo que se puede decir o explicar, ya que está demasiado cerca para poderse explicar: la íntima unión en las profundidades de tu propio corazón entre el espíritu de Dios y tu más recóndito y oculto yo, de modo que tú y él seáis en verdad un solo Espíritu.”⁵¹



⁵¹ Thomas Merton, *El camino monástico*, Verbo Divino, Estella 1996, p. 225.